

# El hombre que hace los pararrayos para toda Andalucía y Extremadura

¿No se les ha ocurrido a ustedes preguntarse alguna vez dónde venden los pararrayos, quién los hace, cómo se hacen?

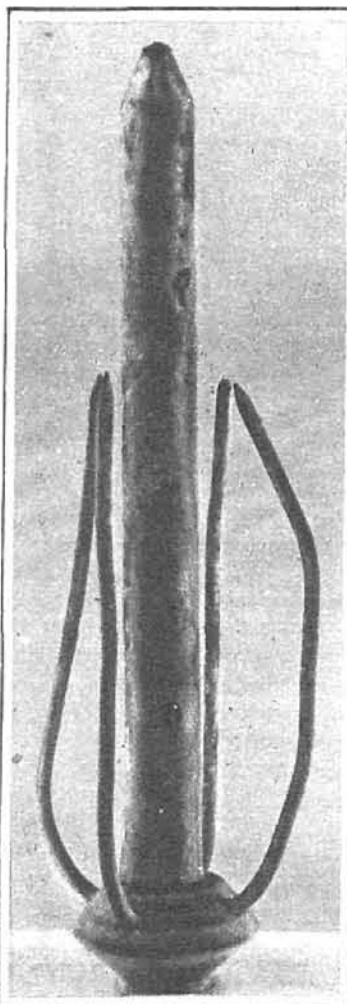
Días ha me presentaron a un simpático y honorable señor:

—Don José Parfonry... Fabricante de pararrayos.

No había oído nada sin sentido; sin embargo, me quedé sorprendido, tal que si me hubieran dicho: "Este señor es fabricante de batutas de orquesta." Estas cosas, por un lado usuales, y de otro alejadas de la práctica o la terminología vulgar y manoseada, caen en nuestra lógica como si no fuesen asuntos de este mundo. Es igual que si en el curso corriente de un cotilleo, alguien nos dice, sin transición: "Fulanita le habla a un astrónomo." No tiene nada de particular, pero parece que nos han dicho un chiste...

\*\*\*

Todos sabemos lo que es



He aquí lo que un rayo «malage» ha hecho con este pobre pararrayos. El hierro de que está compuesto aparece como torre fácil de desmenuzarse en el original que ha servido para la foto.



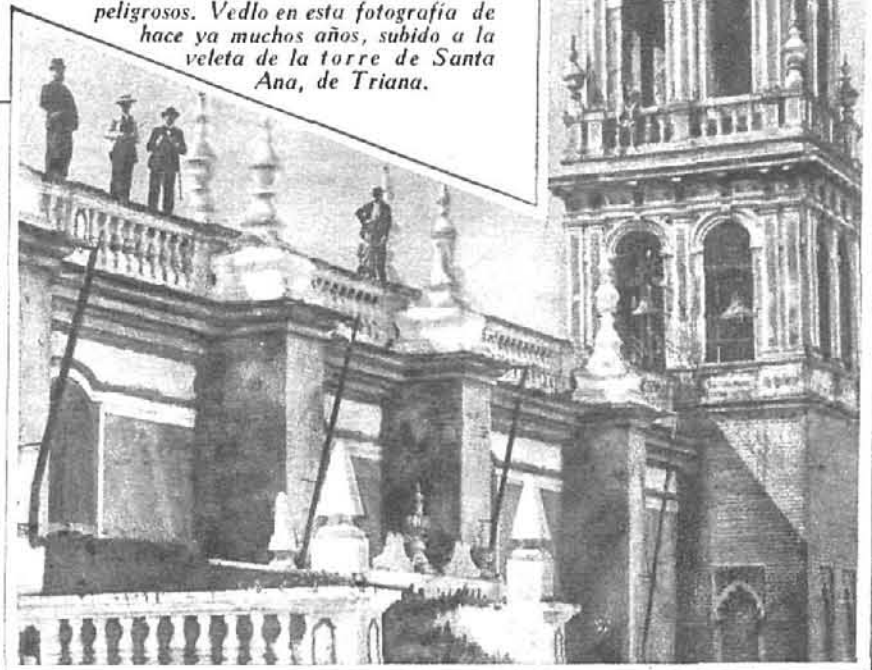
¡Claro! ¿Quién le manda a esa señora habitar toda esa casa, en medio del campo, sin un mal pararrayos siquiera? ¡Ved lo que pasa con estas imprevisiones!

un pararrayos. El único que ha tardado en enterarse es el reportero, y para eso lo ha aprendido ya.

El pararrayos y el rayo no se pueden ver; el pararrayos es enemigo mortal del rayo: o se lo traga o lo espanta, alejándolo con sólo su pre-

sencia. Para vencer de este modo tan definitivo a la chispa eléctrica, el pararrayos sigue una táctica de gran eficacia entre nosotros: abatir al enemigo con sus propias armas. Siendo el rayo la electricidad que contiene la atmósfera, es neutrali-

El señor Parfonry, para instalar sus pararrayos, se veía obligado a hacer unos numeritos de escalatorres bastante peligrosos. Vedlo en esta fotografía de hace ya muchos años, subido a la veleta de la torre de Santa Ana, de Triana.



empujón bárbaro del rayo, engarabité su mano y quedó fundido hasta no parecer hierro, sino tierra fácil de desmoronar. Sobre esto podría escribirse mucho. Pero no me lo vais a tolerar...

\*\*\*

¡Y pensar que una "fábrica" de pararrayos es esta casita apacible y burguesa, en cuya oficinita una joven teclea la máquina de escribir, y un caballero muy grueso masca purillos retorcidos como barras de pararrayos fundidas!

—¿Y la máquina de hacer pararrayos?—pregunto.

No hay maquinaria, ni poleas, ni estruendo, ni legiones de obreros. Un canario, un perro dormilón, una estera, una criada de familia media que grita: "¡¡señorito!!", un dependiente, entre secretario y recadero, que se nos pone a sacar de un cajón pararrayos chicos y grandes...

—¿Y la fragua?

Ni fragua ni nada. Aquí hacen los pararrayos en los ratos de ocio. Yo creo que la señorita de la máquina, por las noches, en vez de "crochet", hace pararrayos.

Y, sin embargo, estamos en la auténtica "única fábrica" de pararrayos de toda Andalucía y Extremadura.

De aquí han salido los pararrayos que erizan la Catedral, la Universidad, el Museo, el Alcázar, los edificios de la Exposición... Más de tres mil sólo en Sevilla; esta fábrica los ha colocado; de este cajón han salido; este dependiente, así, sin prisas, les ha ido atornillando sus puntas difusoras y brillantes... Es maravilloso.

Este señor es el pararrayista de Córdoba, Málaga, Cádiz...

En vista de mi decepción, encauzo mi curiosidad por otro lado:

—¿Cuánto cuesta poner un pararrayos?

—De doscientas cincuenta a mil pesetas, según.

—¿Y cuánto se tarda en instalarlo?

—También según; de uno a tres días.